

XXI Semana del Tiempo Ordinario (Año Impar)

Lunes

Lecturas bíblicas

a.- 1Tes. 1,1-10: Abandonasteis los ídolos para servir a Dios.

b.- Mt. 23, 13-22: ¡Ay de vosotros, guías ciegos!

Nos encontramos con la primera de las maldiciones o imprecaciones de Jesús contra los escribas y fariseos, a los que denomina hipócritas, puesto que se habían constituido en un obstáculo para la fe (v.13). El Reino de Dios aparece con la persona de Jesús de Nazaret, pero fue rechazado por los dirigentes judíos de la religión, pero éstos no se contentaron con rechazar a Jesús, sino también perseguir, a los que creyeron en ÉL. El amplio conocimiento que tenían de las Escrituras, debió llevarlos a descubrir en Jesús, al Mesías esperado. Cristo Jesús, se definió como la puerta y el camino hacia el reino de Dios (cfr. Jn. 10,7; 14,6), sin embargo, ellos promulgaron un decreto de expulsión de la sinagoga a todos los que creyeran en Jesús, es decir, no dejaron que otros alcanzaran la salvación. Esto ocurrió en tiempos de Mateo, cuando escribe su evangelio. Una segunda imprecación, se refiere al proselitismo judío, que pretendía un reino universal de Yahvé (v.15). Jesús condena a los prosélitos como hijos de condenación, porque estos paganos convertidos al judaísmo, eran más fanáticos que los propios judíos. Su soberbia y autoafirmación, provenía de la justicia que venía de la Ley (cfr. Fil. 3,6), lo que cerraba el camino a la novedad del reino de Dios. Es posible que estos prosélitos, sean los enemigos que encontrará Pablo en sus correrías apostólicas. Una última recriminación de Cristo a los fariseos se refiere al juramento, donde se pone a Dios como testigo de las acciones humanas (v.16). Ni las ofrendas de animales, ni el oro, limitan la acción de Dios ni pueden obligarle al capricho humano. Dios es el Señor del templo y del altar, simbolizan su presencia; templo y altar son más que las todas las ofrendas, cuyo valor viene precisamente del templo y del altar habitado por Dios. La gran hipocresía de nuestro tiempo es el divorcio entre fe y vida, denunciada por el Concilio Vaticano II (GS 19,3). Muchos cristianos viven un cristianismo formal, pero que no toca la vida, convirtiéndose en personas que honran a Dios con los labios, apegados al pasado, sin mirar los signos de los tiempos. Desfiguran el rostro de Dios ante el mundo, no son capaces de dar razón de su fe hoy. La fe es dinámica y se encarna en la realidad que nos toca vivir y ahí es donde es luz, que alumbra las mentes y los corazones de los que están lejos de Dios. Fe y acción, oración y trabajo, unión con Dios y servicio al prójimo. No desfiguraremos el rostro de Dios, si continuamente contemplamos la faz de Cristo Jesús.

Teresa de Jesús, desde pequeña buscó la verdad hasta que la encontró, como cristiana y religiosa carmelita, en Cristo Jesús. "Era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad" (V 1,5).